

EL TEJEDOR DE PALABRAS (CUATRO PROPUESTAS SOBRE POÉTICA)

José Luis PUERTO

En muy diversas ocasiones y con diferentes motivos, hemos reflexionado y escrito sobre poética, sobre nuestras visiones y concepciones de la poesía y del hecho poético, de la labor del poeta y otras cuestiones relacionadas con la creación lírica.

Ahora que el profesor y poeta Alfredo Saldaña nos pide una poética, para la revista *Tropelías*, nos hemos movido en una doble dirección: por una parte, rescatar antiguos textos que, sobre poética, o bien habíamos publicado ya en alguna revista; o bien, habíamos expuesto en alguna intervención en jornadas, ciclos o encuentros a los que habíamos sido invitados; y, por otra, hemos escrito, utilizando el fragmento o el apunte, nuevos textos, de tipo reflexivo, sobre nuestra concepción de la poesía y del labor del poeta.

Sentimos no poder fechar dos de los bloques que editamos, pues, en su momento, cuando los escribimos, los dejamos sin fechar y no conservamos documentación sobre los ámbitos en que fueron expuestos. Los otros dos bloques sí que están fechados. El último de los cuales, el más reciente y amplio, lo hemos escrito a lo largo de esta última primavera, desde que recibiéramos la indicada invitación por parte de Alfredo Saldaña.

Si nos decidimos a reunir estos cuatro bloques, para que se puedan leer todos, es porque creemos que hay en ellos algunos hilos vivos que siguen tejiendo nuestra visión de lo poético y de la poesía, al par que aparecen otros, acaso, que mostrarán la evolución de nuestras concepciones. Es un juego entre permanencia y evolución el que posiblemente podrá establecerse en tales textos.

Querriamos, en todo caso, que despertaran sugerencias para todos los interesados en la poesía y lo poético.

21 de junio de 2019

1. Once fragmentos sobre la poesía

1

Celebrar la poesía, cada vez que el tiempo renace, cada vez que la primavera nos sugiere que resurgir es posible, es celebrar lo mejor de nosotros mismos, como individuos y como especie humana. Porque la poesía es celebración y memoria, anhelo de plenitud y melancolía por todas las pérdidas, júbilo y tristeza, plegaria y cántico, palabra que se eleva a lo alto, hasta el rostro de la divinidad, y que se extiende hasta los otros, como gesto de fraternidad y de que aún es posible compartir la vida como don que a todos pertenece.

2

Friedrich Hölderlin, en su hermosísima elegía “Vino y Pan”, expresa un sentimiento de orfandad del hombre contemporáneo. Hemos llegado tarde al mundo, cuando los dioses ya se han marchado. Nos hemos quedado sin la divinidad. Ha quedado roto nuestro vínculo con lo sagrado. Y hemos de llegar a tal territorio, desde la tiniebla en que existimos, a través de los hilos de luz que aún pudieran llevarnos a él.

La poesía es uno de los medios con que cuenta el ser humano, capaz de conectar con la sacralidad. El lenguaje poético es una de las pervivencias de los antiguos lenguajes sagrados ya desaparecidos.

Pero la sacralidad del ser humano y del mundo reside, además de en la poesía, en otros dos espacios por ella tocados: el amor y la naturaleza. Entre otros ámbitos.

3

Nos parece muy hermosa la imagen teresiana de las moradas para poder decir algo sobre la poesía. Ese castillo interior, ese espacio interior, en el que los seres humanos pueden reconocerse, en el que pueden buscar su estancia y sentirse en su centro.

A partir del romanticismo, la poesía crea una pluralidad de tradiciones, de estancias, que conviven en el tiempo, que no se excluyen, sino que se enriquecen, que no aspiran al dominio ni a la exclusión, sino a la fraternidad.

De ahí que la poesía excluya, cuando es verdadera, la negación de lo otro, el dominio, las posturas autoritarias de los comisarios.

Por eso, en la poesía contemporánea, podemos reconocernos en esa pluralidad de tradiciones, todas ellas con frutos tan hermosos: el romanticismo, el simbolismo, los vanguardismos, el hermetismo, la esencialidad, la poesía concreta, la poesía social, el intimismo, la poesía de la experiencia, la poesía del silencio... y tantas otras corrientes, cuya existencia nos lleva al territorio de la tolerancia, del diálogo, de la necesidad de no creer que lo nuestro es lo único.

4

La poesía requiere un mundo propio, ese mundo de los adentros que capta el afuera a través del tamiz del alma, del corazón, del pensamiento que siente y del sentimiento que piensa. Pues todos los recursos humanos mentales y emocionales se ponen en juego en el acto de la creación poética, para alumbrar una palabra que crea un mundo, un universo antes no existente, o que interpreta el que ya conocíamos con otra vibración, con otra música aún no conocida.

No hay poesía verdadera sin mundo propio. Ese mundo personal que luego, a través de la lectura y de la recepción, se hace de todos. Porque la poesía, para llegar a ser, requiere participación, entrega de quien crea (el poeta) y de quien recrea (el lector).

Por ello, el poeta, por una suerte de fatalidad extraña, no escribe lo que quiere, sino lo que pertenece a su mundo. Pues, de lo contrario, la poesía resultaría falsa, no verdadera, y la voz —entonces ya no poética— sería impostada.

5

La poesía no es redacción. Es escritura. Va más allá de los códigos gramaticales, de los lenguajes ya conformados. Es una lengua impregnada de la propia psique y que impregna, por ello, la de aquellos a quienes llega, de aquellos que la reciben. Es una lengua que nos lleva a la melodía que surge de esa alianza entre la belleza y la verdad, como ya propugnara John Keats, en ese poema emblemático de la contemporaneidad que es la “Oda a una urna griega”.

No es redacción la poesía. Es escritura. Es una lengua que revela un mundo y que, por ello, nos ilumina. Porque mundo y lengua se dan la mano, cuando el acto creador se convierte en poesía.

6

Acompaña a la vida la poesía, surge de ella, pero la trasciende. La poesía es palabra que trasciende el vivir cotidiano, las limitaciones del ser en el mundo, pero, a la vez, sus experiencias más hermosas y también las más terribles. La poesía es palabra de trascendencia. Lo que no quiere decir, ni mucho menos, palabra solemne, palabra impostada, palabra hueca. La poesía acerca la vida del ser humano en el mundo al borde de la trascendencia. Y, en este sentido, se convierte en salvación y en consuelo. En palabra que se prolonga más allá del tiempo que a cada ser humano le es dado vivir en el mundo.

7

No hay poesía sin emoción. Pero a la emoción no se llega por una vía única. Hay muchas vías, muchos caminos para alcanzarla. La emoción se consigue cuando el alma vibra en el lenguaje, cuando lo hechiza, cuando lo impregna de celebración y de canto, de melancolía y de tristeza, de metafísica y de realidad. La emoción es ese don de la psique del ser que hace vibrar el mundo a través de la lengua, que imanta al creador con los lectores, que hace arder ese reducto escondido, y hasta olvidado, del interior de cada uno.

8

La poesía nace a partir de la conciencia de la herida que todos llevamos dentro. Y busca el territorio de la gracia, el territorio de la plenitud, lo posible, y hasta lo imposible, por alcanzar. Ese territorio es distinto en cada creador, de ahí la riqueza de la poesía; de ahí que cada poeta, en sus versos, nos trace itinerarios para acceder a él, y para que, en él, nos sintamos como en nuestra propia casa, en nuestra propia morada.

La conciencia de la herida es la que el poeta alberga y que recoge y asume todo el dolor del ser, todos los sufrimientos del ser, todas las vidas truncadas, todo aquello que no ha podido llegar a su plenitud.

La aspiración al territorio de la gracia es ese anhelo de que todo y de que todos realicemos en el mundo nuestro destino de paraíso.

9

Debiéramos ahora dar algunas claves de nuestro territorio poético. De los hilos con los que nuestra propia poesía se teje.

La infancia o la niñez, la naturaleza como espacio de sacralidad, el invierno como ámbito de las semillas enterradas que esperan su resurrección, la pobreza como zona humana de dignidad, las estelas como hitos de la memoria, las sílabas con toda su capacidad para sugerir y pronunciar el mundo y el ser, la intemperie en la que el hombre se halla en la línea del tiempo... Con todos estos hilos se teje la urdimbre de nuestro estar en el mundo. También con el hilo de la fraternidad, porque cada ser humano alberga en sí mismo toda la sacralidad que nos ha sido otorgada.

10

La poesía es también uno de los más hermosos archivos de la memoria que posee el ser humano. Recoge todas las imágenes originarias que son comunes a toda la humanidad: Dios, el padre, la madre, el paraíso, el dolor, la alegría, el tiempo, las estaciones, el amor, la muerte... Y nos las devuelve a través de símbolos, de música verbal, de imágenes, de mitos, de himnos, de elegías, de plegarias..., para que nos reconozcamos en ellas, para que se ensanche nuestro conocimiento del ser y del mundo, para que la vida, nuestra vida y la de los demás, sea un poco más hermosa, tenga un poco más de consistencia, despliegue todas sus posibilidades hacia la plenitud.

11

Termino con una de las imágenes que prefiero sobre mi labor de creador. El poeta es el tejedor de palabras. Con sus hilos predilectos —aquellos que merca en su tráfigo diario, en sus contemplaciones, en sus obsesiones, en sus predilecciones, en aquello que lo arrebató o que lo sume en los fondos del ser, en lo que lo lleva a la soledad, a la compañía o al amor, en aquello por lo que apuesta...—, con todos esos hilos, teje en la urdimbre de la memoria, de la emoción, del recuerdo, del presente y del pasado, del sueño y de la realidad, de lo cotidiano y de lo extraordinario. Y nos entrega

un tejido, un texto, una escritura, que dignifica la vida, que la hace más hermosa, que la convierte en más plena, en ese territorio de luz y de fraternidad en el que cabemos todos.

(Texto escrito en los años noventa y leído en un acto primaveral sobre poesía, en León)

2. Precariedad e intemperie (apuntes sobre poética)

En algunos muros de la ciudad en la que vivo, aparece una pintada escrita, su texto es elocuente: “La precariedad: esclavitud del siglo XXI”.

La poesía contemporánea nace bajo el signo de la precariedad. Y es, acaso, la manifestación artística que, del romanticismo hasta hoy mismo, mejor nos da noticias de ella.

Ya Hölderlin, en “Pan y vino”, una de sus grandes elegías, percibe cómo hemos llegado tarde al mundo, cuando los dioses se han marchado hacia otros territorios, muy alejados del que nos toca vivir. Y tales territorios no están a nuestro alcance, de ahí nuestra orfandad, puesto que nos ha tocado vivir en la intemperie, sin la protección de lo divino, en un tiempo en el que lo sagrado sufre de continuo muchos tipos de profanaciones.

Porque nuestra contemporaneidad está marcada por una triple muerte, que, de modo sucesivo, se detecta desde el pensamiento y desde la poesía: la muerte de Dios, la muerte del hombre y la muerte de la naturaleza, o, más allá de ella, la muerte de la Tierra, la casa del hombre, la casa del ser humano.

De la fuga de los dioses, ya nos habla Hölderlin: “Pero llegamos tarde, amigo. Ciertamente los dioses viven todavía, / pero allá arriba, sobre nuestras cabezas, en un mundo distinto. / Allí actúan sin tregua, y no parece ser que les inquiete / si vivimos o no” —indica en la elegía citada. De la muerte de Dios, trata Nietzsche, entre otros pensadores del XIX. Su consecuencia es la orfandad, la precariedad que nos toca vivir.

Pero ya muy pronto, desde el asentamiento y dominio capitalista en Europa, desde que su lógica se impone en nuestras sociedades, se decreta la muerte del hombre también, que deja de ser el sujeto de dignidad al que los humanistas habían aludido, para convertirse meramente en una mercancía más, en mano de obra que se compra y se vende, lo que hace que se le vacíe de su humanidad, y sea sometido a una cosificación y alienación, que Marx detecta y analiza de modo tan lúcido en el primero de sus *Manuscritos económicos y filosóficos*.

Así, pues, debido a esa doble muerte que los poderes del mundo occidental decretan —la de Dios y la del hombre—, vivimos en unas sociedades marcadas por la desacralización y la deshumanización.

No poca de la significación del movimiento romántico tiene que ver con una queja, desde el centro del sentir humano, ante esta doble muerte —la de Dios y la del hombre— y ante las consecuencias que nos trae; así como con una rebeldía frente a una sociedad que ha provocado tales tipos de muerte, sumiéndonos en el desamparo y en la precariedad.

De ahí que los románticos, al tiempo que rechazan el orden social que les toca vivir, vayan en busca de lo sagrado a través de un itinerario que les lleva a la naturaleza y al pasado: un tiempo primigenio; ámbitos ambos en los que se buscan huellas de esa sacralidad profanada por un mundo

que diviniza la mercancía y el dinero, y que oprime cualquier perspectiva humana que no tenga que ver con la explotación y el beneficio.

La precariedad del hombre en el mundo, en el cosmos, la detecta Rilke, en la octava elegía de Duino, cuando percibe que el hombre está puesto al revés en el mundo, ya que se halla de frente a la muerte, tiene conciencia de ella, de ahí su desdicha y su precariedad; frente a los animales, que estarían al derechas en el mundo, pues tienen la muerte a sus espaldas, al no tener conciencia de ella. La de Rilke es una perspectiva metafísica sobre nuestro desamparo.

Como también lo es, en el fondo, la de Pessoa, que, a través de los heterónimos, muestra esa permanente escisión de la conciencia, o, lo que es lo mismo, esa imposibilidad de que nuestro yo sea algo monolítico y perfectamente estructurado. Porque el poeta es también el articulador de voces, el que sabe poner en pie y dar voz a todas las perspectivas humanas.

Pero este desamparo, esta precariedad, tienen también, en el mundo contemporáneo, una causa histórica: los totalitarismos de todo tipo han sometido, y someten, al hombre y lo degradan en todo tipo de campos de concentración, gulags, abugraibs y guantánamos, torturándolo, gaseándolo y aniquilándolo con vejaciones inimaginables.

Y ahí, frente a tales profanaciones, otra terrible manifestación de la muerte del hombre, aparece la palabra poética, frente y contra toda barbarie. Como ocurre, por ejemplo, en el hermoso y memorable poema de Paul Celan, “Fuga de la muerte” (*Amapola y memoria*, 1952), un grito contra el holocausto de Auschwitz; o en el no menos significativo “Réquiem”, de Anna Ajmátova, contra la barbarie del estalinismo y del gulag.

Nuno Júdice, en un hermoso poema de *Un canto en la espesura del tiempo*, nos muestra la figura de un hombre en tierra de nadie, en la estación de Munich, cuando ya no hay tren alguno ni para partir ni para llegar. Y se pregunta que qué lengua habla.

Es una de las preguntas de la poesía: cuál es el lenguaje del ser humano, cuál es el lenguaje contemporáneo que pueda dar razón y emoción de nuestro desamparo y de nuestra precariedad, de ese continuo estar en la intemperie.

Pero ¿y la muerte de la naturaleza? Hemos percibido mucho más tardíamente, ya bien entrado el siglo XX, que también se había decretado la muerte de la naturaleza. La explotación y el esquilmar todos los recursos del planeta, en aras de intereses y beneficios particulares, la destrucción de los bosques, la contaminación, el agotamiento y uso desordenado de todas las fuentes de energía, la apropiación de lo que tendría que ser el territorio público y de todos, la construcción y el urbanismo desordenados, el llenarlo todo de cemento, el hartazgo del primer mundo frente al hambre de grandes masas de la humanidad..., todo este cúmulo de profanaciones ha hecho que los sectores conscientes hayan querido dar una respuesta a través del ecologismo.

Sin embargo, hemos terminado percibiendo —y es un elemento vivo en la conciencia humana de hoy— que, más allá de la destrucción de la naturaleza, a la muerte que asistimos es a la de la Tierra como planeta, debido a los múltiples tipos de ferocidad de los poderosos, que los lleva a apropiárselo

todo y a esquilmar todo tipo de bienes y riquezas, frente a la miseria de amplias zonas y de millones de seres humanos.

La poesía, sin embargo, se ha situado en las antípodas de tales profanaciones y las ha denunciado. Vicente Aleixandre, por ejemplo, hablaba de la *pasión de la tierra*; y Federico García Lorca, en esa oda sobrecogedora de “Grito hacia Roma”, que es un grito contra los abusos de los poderosos, expresaba en voz bien alta dos de los anhelos del ser humano: “porque queremos el pan nuestro de cada día”, “porque queremos que se cumpla la voluntad de la Tierra / que da sus frutos para todos”.

Función de la poesía

¿Es posible la poesía en un mundo, como el que nos toca vivir, sometido a la muerte y profanación de lo más esencial? ¿Es posible la poesía después de Auschwitz?, como se preguntara Adorno, dando a ello una respuesta negativa.

“¿Para qué poetas en tiempos de miseria?”, ¿para qué poetas en tiempos de precariedad?, como también se preguntara Hölderlin, en un verso memorable de la citada elegía.

Con la triple muerte de Dios, del hombre y de la naturaleza y la tierra, decretada desde el inicio de la modernidad por los poderes que nos rigen, también se ha producido la destrucción, el destierro y el exilio de la palabra poética, puesto que el decir también se ha mercantilizado, la palabra es sometida de continuo a la razón mercantil, no para iluminar, sino para velar, engañar y someter.

De ahí que la poesía haya tenido que retirarse hacia territorios, cada vez más escasos y acosados, pero territorios siempre de resistencia y desobediencia, desde los que se vuelve a ensayar un decir iluminador, capaz de resacralizar el mundo (Octavio Paz indicaba que el poético es el decir humano que se halla en conexión con los antiguos lenguajes sagrados, de los que la poesía sería una pervivencia), capaz de rehumanizarlo y en consonancia siempre con esa voluntad de la Tierra, que da sus frutos para todos, de que hablara Federico García Lorca.

Este decir poético contemporáneo ha tenido que echar sus raíces en este mundo de ruinas, de muertes y de profanaciones que nos toca vivir. Es un decir que, en muchas ocasiones, es un mero balbuceo, pues le ha tocado partir de cero, para tratar de ir levantando la casa de todos —ese territorio público, al tiempo que de cada uno, de que habla el arte y el pensamiento contemporáneos—. Es un decir en voz baja, a ras de tierra —algo a lo que alude un hermoso libro de Eugénio de Andrade—, que ha excluido toda solemnidad y todo énfasis. Pero es un decir que sigue dando noticia de nosotros, de lo que somos, como también de la tierra y del mundo. Un decir resacralizador y rehumanizador, que sigue resistiendo frente a todas las barbaries que nos toca soportar.

Porque —como dijera Hölderlin, en un verso memorable de su poema “En memoria”— “lo que permanece lo instauran los poetas”, lo funda la poesía, pues la poesía —y aquí Heidegger comenta el verso del poeta alemán— “es la instauración del ser con la palabra”, es “el nombrar que instaura los dioses y la esencia de las cosas”.

Así, desde la indignancia, desde la precariedad, desde la intemperie en la que existimos, la poesía habrá de tener una función resacralizadora y rehumanizadora, para recomponer e instaurar el territorio

del ser y sus vínculos respetuosos con la tierra y el cosmos, algo hoy destruido por el imperio del beneficio y de la mercancía; por todos los auschwitz, gulags, abugraibs y guantánamos... que siguen aniquilando al ser humano; por esa muerte decretada de la Tierra, como casa de todos, a la que estamos asistiendo de modo tan impasible.

La poesía entonces habría de dar señales de la herida en que vivimos; aunque también de la gracia, ese territorio de resistencia y de dignidad gracias al cual aún podemos decir que los rescoldos del ser humano siguen encendidos, pese a la intemperie que nos toca soportar y en la que nos toca existir.

Habría de proteger las moradas en las que aún podemos habitar y que nos salvan del mal que nos acecha, de ese enemigo rumor que de continuo nos azuza. Pues la poesía tendría que ser la casa del ser. Y el poeta, el amigo y el guardián de la casa.

(Texto leído en un encuentro de Cáceres; en uno de los ciclos de “Ágora”)

3. Memoria del jardín (palabras para poética)¹

Es la poesía viaje a la semilla —por utilizar una expresión tomada del título de un relato de Alejo Carpentier—, a lo primordial, entendido como edad de oro, como jardín, como espacio de misterio en el que el hombre puede intuir su plenitud a través de todo lo hermoso vivido. Es palabra que entronca con lo sagrado y, como tal, palabra de comunión con los seres y con el mundo; aspiración a un latir al unísono con todo lo creado.

El yo, la primera persona, el ser, despojado de toda adherencia, de todo lastre, es la cantera inagotable, el sujeto de la poesía lírica, con su propio rumor. Y es en él donde se produce el impulso creador; impulso que necesita, para surgir, una experiencia interior muy rica, un proceso espiritual en permanente maduración; impulso que nace de la iluminación, del fervor, del éxtasis..., que provocan en nosotros las criaturas, la naturaleza, todo lo sentido y lo contemplado.

El poeta, para que surja en él la creación, ha de estar en una actitud de recibir, ha de tener abierta la matriz de su corazón y pronunciar el “hágase en mí”. Algo que ha comprendido José Ángel Valente, cuando indica: “Crear lleva el signo de la feminidad. No es acto de penetración en la materia, sino pasión de ser penetrado por ella. Crear es generar un estado de disponibilidad”. O Claudio Rodríguez, al decir que “el poeta tiene que estar preparado, tiene que estar en sazón para recibirla”, la iluminación, la inspiración, la poesía. El poeta debe estar disponible.

Pero ha de mirar también. Y la mirada sobre el mundo es inquisición, comunión que nos salva, revelación, si consigue traspasar el umbral y adentrarse en lo oscuro, para ensanchar los límites de la experiencia, del conocimiento y del sentir humanos. Y la mirada es entrega, participación, descubrimiento, asombro. Porque es un don lo creado, la vida, el latir, el respirar. Aunque una grieta

¹ Este texto sobre poética apareció en la revista *La Factoría Valenciana*, núm. 8, Valencia, 15 de diciembre de 1992, pp. 3-4; dirigida por Salvador F. Cava. Tal número está enteramente dedicado a José Luis Puerto.

de sombra (misericordia, violencia, explotación, degradación de la naturaleza...) —a la que el poeta debe estar atento y levantar contra ella su voz— entenebrezca lo humano y el mundo.

Y de aquí surge el canto. Que es ritmo, melodía, técnica, belleza. De esta mirada primigenia y asombrada y asombrada ante el mundo. De esta mirada auroral que es salvación, que sacraliza el pasado, lo vivido, la naturaleza, los seres, la tarea del hombre en el tiempo...

Es la poesía memoria del jardín. Larga memoria. De ese jardín que se alberga en nosotros y que contiene todo lo hermoso conseguido por el hombre desde que está sobre la tierra. Es pervivencia de lo sagrado a través del tiempo. Y, como tal, nos trasciende y nos salva.

Receptor y dador, el poeta está en el mundo abierto a la semilla, que madura en su seno y la entrega como fruto en el poema. Se trata de un proceso radical, que penetra en lo oscuro y nos devuelve la luz, más luz, sobre lo que somos y sobre el mundo. Proceso que supone una absoluta disponibilidad por parte del poeta. Porque —como indica Edmond Jabès— “la disponibilidad sigue siendo la salvación”.

4. El tejedor de palabras (33 apuntes sobre poética y una coda)

El poema ha de conmover el alma del lector, a través de una palabra emotiva, sugestiva, intensa...

La claridad, la luminosidad, el fulgor verbal han de hacerse presentes en el poema.

El poeta es tejedor de palabras. Ha de elaborar en el telar de su corazón, con todo el repertorio de hilado psíquico y verbal que posea, ese tejido que se manifiesta en el poema.

La aspiración del poeta ha de ser la de plasmar su mundo propio con un lenguaje también propio. De tal conjunción, nace la poesía verdadera.

Poetizar es practicar un hondo oficio de inocencia (como indicara Claudio Rodríguez en un verso); o, dicho de otro modo, es celebrar un ritual de la inocencia (aquí nos servimos de una expresión de Yeats). De ahí que el poeta sea el inocente (así titula José Ángel Valente uno de sus libros).

Uno de los territorios que ha aparecido en nuestra poesía última es el de protección. La poesía es palabra de protección, ámbito que nos protege, frente a todas las intemperies que nos toca soportar en el mundo en el que vivimos.

La poesía es asimismo palabra sanadora, actúa como venda y como gasa, para aliviar esa herida metafísica, provocada por nuestro estar en el mundo, debido a la conciencia que tenemos de ser seres para la muerte.

La poesía es al tiempo melodía que surge del ritmo del corazón; melodía cordial que canta y encanta; palabra rítmica marcada por nuestro conocimiento y por nuestros impulsos afectivos.

Hay una semilla verbal —letra, sílaba— que va configurando el decir poético, a través de un sonido silencioso —cuando se plasma en la escritura—, que, en la medida en que entra en alianza con otros —según el proceso creativo se pone en marcha—, va configurando al tiempo melodías y sentidos, dando como resultado ese territorio verbal de iluminación y revelación que es el poema.

Hay poéticas, modos de entender la poesía, de algunos escritores, que dan en el clavo y que, por ello, podemos asumir y hacer nuestras. Tales poéticas hemos de ir las desplegando, porque nos ayudan a comprender y a iluminar el hecho creativo.

Antonio Machado habló de los universales del sentimiento —el amor, el dolor, el paso del tiempo, la vida, la muerte...—, que constituyen la verdadera materia del poetizar. Al tiempo que nos dejó dicho que el alma del poeta se orienta hacia el misterio. Sugestiones ambas muy hermosas y pertinentes para comprender qué sea el poetizar. Universales, sentimiento, misterio..., tres conceptos o territorios que tanto tienen que ver con la poesía...

Wordsworth, el poeta romántico inglés, vino a decir que el poema surge en la calma o sosiego posterior, cuando en nosotros, en nuestra conciencia, en nuestro corazón, en nuestro telar, ha madurado una experiencia o vivencia que nos ha impactado y ha hecho mella en nuestro ánimo.

Juan Ramón Jiménez, cuando le pide a la inteligencia que le dé el nombre exacto de las cosas, no está propugnando tanto una poesía seca e intelectual, cuanto una ascesis de la palabra, que ha de alcanzar la poesía, para revelar e iluminar el mundo, frente a todos los abusos y profanaciones del lenguaje que se dan en el mundo contemporáneo, que ensordecen, velan, agreden y ultrajan el necesario silencio en el que reside la verdad de la palabra, utilizándola así para manipular, instrumentalizar y alienar al ser humano.

La palabra poética tiene algo de espermático y seminal, una capacidad generadora de ritmos, melodías, sentidos, mundos..., en definitiva, de manifestaciones y epifanías que nos deslumbran, al hacernos vibrar con aquello no esperado y no conocido, que nos fascina y encanta. José Lezama Lima, a su modo, ha reflexionado sobre ese poder espermático de la palabra poética.

Sin que sepamos por qué ni cuándo, el poema se genera en nosotros, fuera incluso del ámbito de nuestra conciencia, y se va tejiendo —¿de modo autónomo?— en el telar de nuestra psique, va madurando en nosotros, hasta que, logrado del todo, surge, nos surge —tampoco sabemos por qué en un determinado momento— el acto de la escritura, que es, siempre, si el mecanismo ha funcionado del

todo, un acto de madurez, de plena maduración. Cuando este proceso no se logra, o bien el poema queda inconcluso, o bien ni siquiera llegamos a saber que se ha producido en nosotros, que ha ocurrido en nosotros un proceso de creación poemática.

El acto de creación poética supone una aceptación, un *hágase*. De ahí que sea pertinente traer aquí el misterio cristiano de la anunciación. El ángel (la inspiración acaso; concepto romántico demonizado hoy) irrumpe en la estancia y comunica a María (el poeta) que va a ser concebida por obra y gracia del espíritu. Ella acepta, asume el *hágase*. Y el misterio de la creación (el poema) se simboliza en las pinturas de la anunciación mediante ese espacio intermedio entre el ángel y María, que ocupa un jarrón de azucenas, o el ave del espíritu, o un paisaje que se abre hacia el fondo..., como muestras del misterio que ocurre en tal estancia.

Para que el *hágase* poemático tenga lugar, el poeta ha de estar en una actitud de disponibilidad y ha de vaciar su psique, para que el mensaje del ángel se adentre en ella y se produzca todo el proceso de creación poética. De ese vaciamiento interior, para que el *hágase* sea posible, han hablado, a su modo, determinados místicos y, en nuestra contemporaneidad, poetas como José Ángel Valente.

La creación poética es un *continuum* que se da en cada poeta, desde que comienza a crear hasta que su creación concluye. Es un proceso vital que dura todo el transcurrir de la existencia, sobrepasa cada poema, que no es más que una cuenta, un punto, un nódulo... en esa red poemática. Conscientes de ello, nosotros —desde hace ya tiempo— no ponemos por ello punto final a cada poema, lo dejamos abierto, para no traicionar ni entorpecer ese *continuum*.

Aspiramos a un decir poético marcado por la claridad, pese a que esta, en la contemporaneidad, no goce de buen predicamento, ante el desmedido prestigio de los hermetismos, que —como afirmara el historiador francés de la literatura Henri Clouard— terminan siendo un callejón sin salida.

Preferimos, en este sentido, el “trovar leu” frente al “trovar clus”, esto es, el decir abierto, claro, luminoso, transparente, frente a ese otro cerrado, oscuro y hermético. Y, en la claridad, en la luminosidad, percibimos un misterio que nos seduce y que el músico estonio Arvo Pärt expresara de este modo: “no hay nada más misterioso que la claridad”.

No hay poesía sin emoción. El poema ha de explorar siempre la vía emotiva, en el sentir, en el decir, en el cantar, en el callar. La vía emotiva debe recorrer y transitar las venas del poema, debe constituir su latido. Y es a través de la vía emotiva como se logra ese efecto conmovedor que el poema y la poesía han de buscar.

El romántico alemán Novalis, en uno de sus fragmentos, aludía a la unidad de emoción que ha de atravesar el poema “En el poema —dice— basta con la unidad de emoción”). Mientras que el poeta clásico griego Hesíodo pedía que los dioses le concedieran un canto conmovedor (“Concededme un

canto conmovedor”). Y Gabriel Miró, nuestro Gabriel Miró aludía a “una emoción desconocida ... emoción de una presencia que no está” y que ha de convocar el poema.

Por aquí —y la poesía, creemos, surge y se mueve en tales territorios— andariamos en la vía platónica, que, en sustancia, nos vendría a decir que no hay conocimiento sin amor.

Escribir no es redactar. La escritura supone un proceso creativo en el que se implican a un tiempo mundo y lenguaje propios. De ahí que solo pueda haber poesía escrita, esto es, poesía como resultado de un proceso de escritura. La poesía redactada, más que poesía, sería una impostura. Pero cuánta poesía redactada hay y cuán poco abunda la verdaderamente escrita.

No puede haber creación sin una intensa vida del espíritu. Y esta supone un modo de estar en el mundo, marcado por la atención, la disponibilidad, la contemplación, la lectura, el silencio, el retiro..., elementos todos ellos —y otros que podríamos nombrar— que contribuyen a tejer, en ese telar invisible e íntimo de la interioridad, esa vida del espíritu que genera la creación y la poesía.

La creación poética, más allá del modo verbal en que halle su expresión, es una aventura de la vida del espíritu. Sin ella no hay poesía. Es un don inmerecido, relacionado con lo numinoso y con lo mágico. La poesía es palabra de sacralidad. Da igual quién la cree y quién, con su lectura o su recitación, la recree. Unos y otros somos instrumentos vehiculares de tal don. Carlos Edmundo de Ory, por ejemplo, en unas declaraciones de 2003, lo expresaba de estos modos: “Nadie merece la poesía, no es un mérito, es una voz que viene”...; “la poesía no es literatura, es algo numinoso, que viene del numen, de un poder mágico”...; “el poeta de verdad no es profesional, no corrige, vive solo para ser un instrumento. Yo vivo iluminado”...

Antonio Colinas, en su reciente y hermoso ensayo sobre María Zambrano, habla de “la poesía como fenómeno anímico y de la vida en su dimensión trascendente, universalizada, libérrima.” Por ahí van las cosas. La poesía es palabra del alma. Que trasciende la realidad y la ilumina. De ahí que vaya más allá de ser mera literatura. El poeta —como expresara de Ory— vive iluminado. Pero sin vida del espíritu nunca es posible tal iluminación.

El poeta —sentimos— no ha de estar como una vedete todo el día en el primer plano, en el escenario de la sociedad del espectáculo en que se ha convertido nuestro mundo —como lúcidamente analizara Guy Debord—. Ha de estar detrás, retirado, en un plano menos visible, en su telar íntimo de palabras y silencios, en esa “pobrecilla / mesa, de amable paz bien abastada” de que hablara Fray Luis de León; eso sí, en permanente contacto con la vida, de la que ha de extraer los hilos para su tejido, para cada una de sus creaciones.

María Zambrano, en *Hacia un saber sobre el alma*, alude a la conexión de la poesía con lo sagrado. “La poesía primera —nos indica— es lenguaje sagrado”. Y, como en distintos momentos dirá también Octavio Paz, la poesía es una pervivencia entre nosotros de los antiguos lenguajes sagrados. Es, sí, la poesía una palabra impregnada de sacralidad. Y, por ello, de piedad asimismo, un concepto mal entendido e incluso hasta despreciado en nuestro mundo, y que, sin embargo, la propia María Zambrano nos ilumina, al decirnos que la piedad sería el trato adecuado con lo otro.

La poesía, para ser verdadera, ha de mostrar siempre un trato adecuado con lo otro; de ahí que tal trato, que aparece en la palabra poética, salve la realidad, el mundo, los seres, la creación toda, a través de esa piedad, de esa sacralidad que atraviesan sus sílabas.

La poesía trasciende la realidad, lo vivido, lo sentido, lo contemplado... y lo lleva a otro lugar, a otro ámbito, el de la vida del espíritu, a través de un decir imantado por la belleza y por la verdad, como pidiera John Keats. La poesía es palabra de trascendencia...

Entendemos la poesía como casa de la palabra, en la que podemos sentirnos protegidos, frente a toda intemperie. Es morada del ser, en la que cada uno puede hallar la estancia que le corresponde. Es casa y es morada, porque su música verbal es capaz de contener todo lo que el ser humano siente, conoce, anhela. Y, porque es casa, la palabra poética es también protección.

Pero adquiere un carácter sanador al mismo tiempo. Apacigua el dolor de esa herida metafísica, con la que convivimos siempre y que hemos de soportar, por el mero hecho de existir. Es la poesía venda y gasa que nos cura...

Es la poesía un tejido verbal que nos ayuda a conocer e interpretar el mundo. Una herramienta de conocimiento que, a través del lenguaje, funda la realidad, una realidad trascendida que nace de la conciencia y de la experiencia.

Para conocer e interpretar el mundo, a través de la palabra poética, también a través del existir, hay que descender, bajar sucesivamente peldaños hasta situarse a ras del suelo, el territorio de la vida, de los seres más humildes, que guardan la verdad más hermosa del mundo, el territorio del conocimiento, el territorio de la iluminación poética.

A lo largo del tiempo —nos hemos dado cuenta—, la poesía se nos ha convertido también en una suerte de biografía, que traza, mediante todos los libros que hemos ido escribiendo y publicando, la caligrafía de nuestro propio existir. Como dijera Octavio Paz: “un libro de poemas es una suerte de diario en el que el autor intenta fijar ciertos momentos excepcionales, hayan sido dichosos o desventurados”.

Podríamos decir que hay una poética de la memoria y una poética del deseo. El representante más emblemático entre nosotros de esta última podría ser Luis Cernuda. Nosotros pertenecemos más bien a la otra, la poética de la memoria, que tiene en nuestro oeste y noroeste muy destacados representantes, como, por ejemplo, los poetas Aníbal Núñez y Antonio Colinas.

Hace ya años —para una página web sobre poesía, poéticas y poetas, titulada “las afinidades electivas”²—, cuando se nos invitó a participar en ella, pusimos a nuestra poética el título de “el tejedor de palabras” (que así sentimos y seguimos sintiendo al poeta y su labor).

Luego, transcurrido no mucho tiempo, tomando nuestro título —tal como nos confesaron sus propios impulsores—, se creó en el país vasco una revista digital así nombrada. Al advertirles sobre el hecho de la apropiación del título, se nos invitó —ya no recordamos en qué número— a reproducir de nuevo nuestra poética, con tal título, en la revista homónima. Y así ocurrió.

Hoy también —como remate de estas notas o apuntes— queremos de nuevo incorporar dicho texto de poética como colofón. Algunos textos anteriores lo matizan y ensanchan. Pero aún lo sentimos nuestro y percibimos que sigue dando señales de nuestro modo de entender la poesía.

Palabra, la poética, de la larga distancia, de la inactualidad. Palabra a la intemperie y a contracorriente. Que se atreve a verbalizar el itinerario hacia el centro, hacia lo primordial, a la semilla, desafiando un tiempo de profanaciones. Palabra que trata de llegar hasta el fondo, en una época de exaltación de lo trivial y de lo superficial. Palabra —ya lo hemos dicho— a la intemperie, a contracorriente, más allá de ciertos decires prestigiados, obvios y transitivos los unos, intransitivos y herméticos los otros. Porque nunca es palabra de escuela ni de consigna. Está siempre en esa travesía desde el corazón humano hacia el corazón humano de hoy y de mañana, por unas vías secretas que se escapan a toda manipulación y a todo manejo. Amiga del silencio y de la luz, de la noche y la música. En sus recintos, tan llenos de murmullos, tan acogedores, resuena el mundo y el ser, nuestra verdad más pura. Palabra que busca trascender vivencias, emociones, experiencias, sentires efímeros del hombre, y darles un alcance duradero, que pueda servir a la tribu como sentido, consuelo, belleza, reconciliación, armonía. Palabra de la revelación, frente a otros lenguajes utilitarios y uniformizadores, que nos escamotean lo más verdadero y lo que más nos importa de nosotros mismos y del mundo. Palabra que nos ayuda a crear y a configurar el lugar, el territorio, el jardín, en el que vida y muerte, amor y desarraigo, alegría y dolor... no sean sino caras de una misma moneda cuya totalidad nos está destinada si sabemos mirar y entender.

(abril, mayo y junio de 2019)

² <http://lasafinidadesselectivas.blogspot.com/2007/01/jos-luis-puerto.html>